

tonces de la desdichada Monarquía. Una especie de pregonero, con garganta de cañón, pulmones de fragua, voz de Estentor, colocábase al pie de la torre, contando todo lo que sucedía con el aire de las canciones cantadas por los ciegos, sin que la vigilancia, tan celosa de los comuneros, pudiera evitar aquella relación entre lo interior y lo exterior del castillo, incomunicados las más veces. Y si en todas estas minucias prevalecía la diestra mano de Toulan; en la grandiosa empresa, marraba por completo. Al demonio no se le ocurre un intento, de suyo tan descabellado, como burlar la vigilancia de los esbirros comuneros; extraer la familia real de antros, á cuyas puertas velaban todos los demonios de las sospechas más refinadas y crueles; conducir personajes, tan importantes y tan conocidos, como los Reyes, por el dédalo de las calles parisienses; atravesar las puertas y barreras, siempre celadas por turbas de feroces demagogos; recorrer todo el territorio francés y recorrerlo por la parte del Este, donde pululaban los voluntarios republicanos y de donde los realistas é irruptores habían huído tras el cañoneo de Valmy, hasta llegar allende las líneas fronterizas, para dirigir contra Francia un ejército extranjero y una extraña invasión. En esto no tenía Toulan de manera ninguna sentido común. Y aunque callaba y mucho; aunque se hacía el muerto, sin dar motivo á ningún recelo; todo el mundo temía sucediera un caso como el apercibido por su conjuración, y todo el mundo aseguraba que, muerto el perro, se acabó la rabia, y que, muerto el Rey, se acababan las evasiones. En verdad podían éstas explicarse fácilmente, si en aquel gran litigio político no entraran más litigantes que los pertenecientes á la nación francesa. Pero, cuando la fuga del Rey se complicaba con una invasión extranjera; cuando su regia presencia en suelo extraño atraía tantas y tantas plagas sobre Francia; cuando un acto, como el concebido por la fidelidad insana de Toulan, podía producir nuevas irrupciones, ó sean, matanzas, incendios, combates, exterminios, desolaciones; males nuevos añadidos á los antiguos y presentes; el cuitado Toulan cometía en estas conjuras una verdadera traición, sin por ello salvar al Monarca, antes bien impeliéndolo al proceso y subiéndolo, como de la mano, á su terrible guillotina. Existía una grandísima ceguera en este proceder del comunero. Y esta ceguera indudablemente ha dado margen á creer había en sus móviles algo más ardoroso que la compasión, á creer había en sus móviles aguijonazos de amor. Pero imaginaos, un modesto ciudadano, convertido en protector de los Reyes; imagináoslo saturado en lectura de novelas dramáticas y de cuentos fantásticos; con un entusiasmo que se determina sin medida ni prudencia, lo mismo por éste que por el otro sujeto, si ello conducía de suyo á grandes aventuras, planes maquiavélicos, proyectos fantaseados, dando pábulo al sentimiento de la vanidad, arraigadísimo en muchos corazones tiernos y sensibles, como el corazón de Toulan; y no necesitáis apelar al recurso gastadísimo del amor para comprender lo descabellado y temerario del intento.

A cada paso un obstáculo surgía. Pero la imaginación de Toulan se recalentaba á me-

dida que las desgracias del Rey crecían; y recalentada la imaginación, se había recalentado el sentimiento, empeñadísimo en redimir á los cautivos, y entre lós cautivos, con especialidad, á la reina. A pesar de los comuneros, aglomerados en las regias cárceles; á pesar de la portería guardada por célebre matrimonio, sólo comparable á los esbirros y calaboceros del antiguo tiempo; á pesar de los guardias municipales y de los retenes numerosos y de la gnarnición que rodeaba y henchía el Temple; creíase Toulan apto, muy apto para extraer á los mártires del cautiverio; inepto, sumamente inepto, para conducirlos á la frontera salvos. Así necesitaba un compañero de conjura, que no encontraría nunca entre sus compañeros de profesión y de partido, debiendo acudir á la reina, para que la reina lo designase y lo eligiese. Antonieta, propia para todas las temeridades; sin freno alguno en sus fantaseos de salvación y de salud; viendo desde sus prisiones la estrella de su familia inextinguible allá en el cielo y la esperanza de redención indeleble aquí en su pecho; aceptó la idea de que Toulan la sacase del Temple y otro amigo fiel, realista de abolengo, la condujese hasta rebasar la frontera. ¿Qué amigo fuera éste? Pues fué Jarjayes. La reina lo designó á Fidel; y designado al comunero, dióle conocimiento del sitio donde su futuro cómplice residía en los alrededores de París y le confió una carta de recomendación para él, pidiéndole una entrega sin reservas al misterioso embajador. Imaginaos la sorpresa de Jarjayes viendo á Toulan, cuyos compromisos republicanos y cuyos cargos municipales conocía, entregado al servicio directo de los reyes, y por lo mismo al indirecto servicio de la realeza. Así, al ver á Toulan en su presencia, vivo y franco y gozoso, aunque su menudo cuerpo y su sincera sonrisa y sus agudos oídos y su penetrante mirada y su voluble facundia inspirábanle inmediata confianza, se reservó y se recató mucho; porque todo aquello, tan extraño y singular, traía consigo aparejadas la guillotina y la muerte. Necesitábase una temeridad sin límites, como la temeridad connatural á Toulan, para cojer dentro del Temple un billete de Antonieta y llevarlo entre las guardias republicanas, extendidas por todas partes, hasta los campos y los alrededores de París. Así no fué osado Jarjayes á entregarse al recién ido con la facilidad con que el recién ido se entregó á Jarjayes. Porque si el comunero era valeroso, no era menos valeroso el general, aunque más reservado y circunspecto. ¿Cómo no entregarse á la evidencia? ¿Cómo no escuchar un caballero y un general recados y cartas de la reina, siquier fueran á su presencia conducidos por un sospechoso comunero? Jarjayes, después de vacilar un minuto, aconsejado por su espíritu de conservación, rindióse al expreso llamamiento de la reina, cumpliendo con su deber, aunque le costase la vida. Y para mostrar su resolución dijo al interlocutor, cómo ante todo y sobre todo quería presentarse á la reina y hablar con ella. Cosa difícil la entrada de un viejo realista, cortesano en los buenos tiempos, combatiente por los monarcas en el último trance de la Monarquía, dentro del Temple, no ya como auxiliar moral y consolador platónico de la desgra-

cia, como conjurado resuelto á exirpar su cautividad. Pero Jarjays, entregado á Toulán, resolvió hacer aquello que Toulán le dijese, acompañando y siguiendo á éste, doquier lo llevase. El comunero ideó una industria muy chusca para conducir al general en presencia de la reina: disfrazarlo de lampista, como los que solían ir á encender y atizar los quinqués en el Temple. Imaginaos cuál escena. Un jefe del ejército francés, haraposo, grasiento, disfrazado de aquella misérrima y triste suerte, junto á una reina destronada de su alto solio por el pueblo en furor y reducida tras el destronamiento á triste prisión análoga con horrible sepultura. La una debió recordar las festividades y besamanos regios en que se presentaba Jarjays con sus bordados uniformes y sus innumerables veneras, todas cuajadas de oro y brillantes; Jarjays debió recordar á la reina en el salón de los espejos, entre la púrpura y los armiños del trono, coronada por los ángeles hechura de los primeros escultores del tiempo, erguida sobre unas gradas cubiertas por rojo terciopelo y parecidas á las aras de altares mitológicos, donde humeaban todos los vapores emanados de las lisonjas y de las adulaciones con que se hallan henchidos los palacios, convirtiendo á los monarcas en una especie de dioses. Un cuarto estrecho, un canapé desvencijado, un espejo diminuto, una cama pobre, una silla vieja, un vestido burdo en que los remiendos entraban, un tocado humildísimo, he ahí todo cuanto ofrecía la reina de otros tiempos, al audaz caballero, quien, puestas las dos rodillas en tierra y alzadas las dos manos como en oración, casi á su rostro, le presentaba y le ofrecía la vida, por redimirla y por salvarla.

Todo era en tamaños lances caballeroso y romancesco; pero, todo también impracticable. Por más recursos dramáticos, por más aventuras novelescas, por más fantasías inverosímiles que ideara el exaltado Toulán, la realidad se le imponía con imposición incontrastable; y no hallaba medio de poner por obra efectiva con sus manos lo que ponía por plan ideal en su cacumen. Cansado el infeliz de luchar y reluchar con los obstáculos reales, creyó salir del atolladero, donde se metiera, requiriendo de la casualidad, y encontrando, por milagro, nuevos cómplices, los cuales únicamente habían de servirle para llegar más pronto al término de aquellas empresas, al inminente inevitable cadalso. Como los comuneros se renovaban en la servidumbre de Antonieta con tanta frecuencia; como, al renovarse, iban por allí personas de todas procedencias y almas de varios temperamentos, cual Toulán, republicano de convicción, se hizo realista de circunstancias por sus devociones á la Reina; un cierto republicano fingido y realista verdadero fué hasta el Temple y se arrojó á los pies de la dinastía, prometiéndole redimirla y salvarla, como le habían prometido los otros, aun á costa de su honor y de su vida. Este falso comunero y real monárquico, se llama Lépitre. Literato por vocación y profesor de literatura en los colegios parisienses por oficio, armó con su elocuencia literaria grande ruido en los clubs; y, fingiéndose demócrata, obtuvo un lugar en la comunidad dictatorial de París. Ya dentro de ésta, su

primer cuidado fué alcanzar una delegación municipal en el Temple. Y, ya en el Temple, su principal desvelo consistió en desplegar ante las regias personas el fondo íntimo de su alma realista, y arrojar á los reales pies de las majestades caídas el disfraz de su engañosa demagogia, recurriendo para ello á ingeniosas industrias, muy propias de consumado maestro en letras. Cogió un libro latino de clásicos poetas antiguos, y buseó páginas laudatorias de la lealtad monárquica, pues algunas hay en los grandes poetas del imperio, mostrando así al Rey su odio á la República, en cuyo seno se hallaba metido, su amor á la monarquía, por cuya restauración suspiraba. Hecho esto, vinieron las confidencias y las confianzas; hechas las confidencias y las confianzas, vinieron las asociaciones entre todos aquellos que dentro del Temple sentían lo mismo y estaban resueltos á las mismas empresas. Lépitre no poseía el valor temerario de Toulán; pero, en compensación justa, le superaba por la inteligencia y por la cultura. El proyecto de conjurarse; romper con esta conjura las puertas del regio calabozo, trabajar por los Reyes, como un antiguo devoto de la Monarquía; redimirlos, como un caballero andante, y llevarlos allende la frontera; todo esto le tentó con tentación incontrastable; y le condujo, á pesar de pusilánime, á las valerosas aventuras, en que Jarjays y Toulán se habían resueltamente comprometido. Tal nuevo incidente comenzó por un acuerdo entre Lépitre y el Rey continuó por una inteligencia entre el Rey y Toulán sobre Lépitre; concluyó por una inteligencia entre Lépitre, Toulán y Jarjays. Mas, anudada esta inteligencia, sobrevino extrañísimo incidente, destinado á mostrar cuantas dificultades surgían en el camino de los conjurados, y cuántos obstáculos gravísimos se presentaban á una entonces, no al término y logro de la descabellada empresa, no, al comienzo y preparación. Lépitre, inflamado hasta un entusiasmo rayano en delirio á las primeras horas de aquel drama, sintió bien pronto limitaciones al entusiasmo en la meditación interna sobre sus futuros destinos. Muy feliz en su casa y con su mujer; muy bien retribuido en su oficio de profesor; muy estimado por sus conciudadanos; de modesta, pero segurísima fortuna; todo lo arriesgaba, todo podía perderlo por su Reina. Y á esta reflexión, las inflamaciones de su alma bajaron mucho; y las dos alas de su deseo recogieron un tanto el anterior arrebatadísimo vuelo. Con más relaciones en el partido realista que sus dos cómplices; con más medios, por tanto, de salvar al Rey; con mayores probabilidades que todos los otros conjurados de prestar inmensos servicios; también corría el riesgo de hallar mayores contrariedades y mayor castigo, si en los castigos del terror hubiera grados. Así pidió, para meterse dentro de aquel peligroso escaque, una previa indemnización, la cual debían en seguida entregarle, pues con ella dejaban sonante oro á su mujer, si por acaso la infeliz enviudaba. Jarjays y Toulán, ambos desinteresadísimos, disgustáronse con grave disgusto y respingaron en violentos respingos, al saber la interesada complicidad del cómplice. Pero Antonieta, decidida por la salvación propia, no se paró en barras; y prometió la cantidad, expidiendo una letra sobre banquei

ro suyo, que tenía fondos á la dinastía pertenecientes. Jarjayes temió iniciar una persona más en los secretos de la conjura, y rechazando la oferta de Antonieta generoso, aprontó del bolsillo particular suyo la indemnización de Lépitre.

Parece imposible, dada la vigilancia del populacho comunero, que pudiesen reunirse al rededor de la familia real, cautiva y atormentada, tal número de servidores misteriosos, empeñados en la obra temeraria de su rescate; pues, no sólo estaban en la conjura dos regidores, como Lépitre y Toulan, y un general como Jarjayes; entraron en ella por aquellos días también, el antiguo cortesano Clery, puesto al servicio de la dinastía por obra de Pétion y de Manuel, amén de un cierto misterioso Ricardo, apellidado Guy, el cual, desde fuera, cooperaba con todas sus fuerzas á la evasión á esta evasión inverosímil. Pero, inverosímil y todo, la proyectaron, como puede cualquier autor dramático proyectar ó esbozar una obra para el teatro. Comenzábase por dar fuerte narcótico á los porteros del Temple, al feroz matrimonio Tisón; seguiríase por colocar unos cuantos coches en las calles cercanas, destinados á recibir cada uno dos personas; los Reyes y la princesa Isabel se disfrazarían de comuneros oficiales; disfrazaríase de lampista la infanta María Teresa; y el pobre Delfín, hermoso, pero pequeño, cuyo cuerpecito no llegaba en estatura entonces á un metro, iría encerrado en una espuerta de mimbres, tapada, como si contuviera manteles ó alimentos. Verdaderamente milagrosa tamaña combinación. por la cual estaban las primeras horas todos tan resueltos, que parecía no existir obstáculo de ningún género á su realización y cumplimiento. Pero, una cosa es predicar, y otra dar trigo. El más comprometido de todos los conspiradores, el único pagado, aquel por cuya retribución el caballero gentil-hombre Jarjayes inmolara su fortuna, tuvo miedo, y comenzó á retroceder espantado en los comienzos de realizar su absurdo proyecto. Ya se había todo preparado; los coches citados estaban; el opio para los porteros prevenido; los uniformes, que debían vestir tanto los Reyes como su hermana, hechos; el harapo de lampista puesto á disposición de María Teresa, probado á su cuerpo; la cesta, donde había de guardarse al Delfín, cesta de mimbres, ya señalada y convenida; cuando, en la víspera de semejante aventura, el catedrático Lépitre se aterra, movido por espantos de su mujer, á pesar de cortar ésta muchos de los disfraces; y cayendo en una especie de ataque nervioso, rayano en epiléptico, se niega por completo al cumplimiento del plan y retrocede, mientras la reina mostraba con mayor intensidad su impaciencia y toda la dinastía se imaginaba fuera del cautiverio. ¡Ah! De no haber tropezado con la timidez del cobarde profesor, tropezarían indudablemente con cualquier otro insuperable obstáculo. Las mismas tierras que debían recorrer, los caminos que debían seguir, el punto á donde llegar debían, no estaban bien claros en los esbozos de aquellos fantásticos planes. Mientras unos de los conjurados proponían marchar á Oriente, proponían otros marchar á Occidente; mientras se ideaba tener un buque aparejado en el Havre para irse á Germania con toda la dinastía,